

OJALÁ FUERA UN SUEÑO

*¡Qué fácil es volar...! ¡Qué fácil es!
Todo consiste en no dejar que el suelo
se acerque a nuestros pies.*

Antonio Machado

Yo sé que nunca he estado “bien” si estar bien es ser igual que mis hermanos o que la gente que conocía en la calle, antes de ingresar aquí. Pero, según eso, me pregunto: ¿dónde está la línea que diferencia al “bien” del “mal”, al “sano” del “enfermo”? ¿Quién la traza, quién decide? Porque si me comparan con Adolfo, que se pasa todo el día caminando en círculos y comentando ¡”Guay, guay, eso está guay, mamá!”), pues creo que yo estoy rey, como se suele decir. Y también está peor que yo la Niña Chica, que tiene arruguitas como una anciana y no se sabe mover a no ser que alguien le dé la mano y la guíe.

La Niña Chica sonrío siempre y se balancea como si estuviera escuchando una música que nadie más que ella puede oír. Cuando me acerco se detiene un instante, pero vuelve a mecerse y a sonreír, y si me quedo a su lado el tiempo suficiente, ella extiende una mano de un rosa como transparente, con las uñas en forma de almendra, y me acaricia la cabeza sin parar, al compás de su muda canción.

Eso –a acercarme a la Niña Chica y esperar- me lo enseñó Amalia. Ella tenía paciencia para escuchar lo que nadie decía, para secar unas lágrimas que todavía no hubieran empezado a fluir. Amalia vino aquí como un hada madrina, a repartir calor y sonrisas, aunque los primeros días la vimos encogida, llorando y sin ser capaz de fijar la vista en nadie. Ella decía, ¡como todos cuando entramos en este lugar!, que era un error, que ella no tendría que estar aquí, que estaba lúcida y sana como una pera. Pero luego la veías sentarse en un rincón, abrazarse las piernas y dormir, y sonreír en sueños, y canturrear, y llorar... Nos quedábamos a su lado siempre algunos, rondando cerquita de ella, para despertarla enseguida que empezara a agitarse y a gemir, porque su tristeza era tan honda, tan dolorida, que cuando empezaba ya no paraba, era como un río que crece y se desborda sin cauce que lo abrace, sin mar al que arribar. ¡Y ella era tan buena y tan guapa!

Con el tiempo, Amalia fue dejando de llorar. También dormía menos; un día apareció con una tela con agujeritos muy chicos y me dijo que iba a hacer punto de cruz. Iba contando sobre un papel con un dibujo de unos tarros redondos y unas flores, muy bonito, y lo mismo que había en el papel iba surgiendo como un milagro sobre la tela, en colores azules, marrones y violetas, muchos colores que parecían iguales pero eran distintos unos de otros, como la gente.

Amalia quiso enseñarme a hacer punto de cruz y yo quería aprender, pero algunos locos se reían de mí y me decían “mujercita”. Amalia dijo que eran unos machistas incultos; yo ya lo sabía, pero preferí

no bordar más porque luego ella se iría –eso, que ella se iría pronto para no volver, lo sabíamos todos- y yo no, y no quería quedarme con el sambenito de “mujercita” ni las burlas de los que tenían que convivir conmigo sabe Dios hasta cuándo.

Amalia y yo siempre estábamos juntos porque yo iba, persistente, detrás de ella, pero sé que no la molestaba porque cuando no iba y me quedaba rezagado, un poco como un perrillo indeciso que no está seguro de si le van a recibir con un hueso o con una patada, era ella la que se volvía, me tendía la mano con la palma hacia arriba, invitadora, y me decía:

-¿No vienes, Adrián?

Y entonces yo casi corría tras ella, feliz y agradecido como el perrillo que salta alrededor de su dueño haciéndole mil carantoñas de amor y fidelidad eterna.

Que yo estaba enamorado de ella no era ningún secreto. Todos lo sabían y bromeaban sobre eso; a mí me daba mucha vergüenza al principio, pero Amalia me decía “no hagas caso”, y me revolvía el pelo, y me sonreía con esa calidez suya, con esos ojos oscuros y embriagadores que brillaban bajo sus pestañas largas y rizadas, como las de los cervatillos en los dibujos animados.

Nunca olvidaré aquel día, cuando ella dormía echada sobre su mano, con la sonrisa de una niña ciega. Estábamos atrás del todo. Nadie nos veía. Hasta mí llegaba el olor de sus cabellos, un aroma a flores y a ajonjolí que me recordaba a las Semanas Santas de mi infancia, cuando, arrodillado sobre una silla para alcanzar con la nariz a la ventana, escuchaba la risa del naranjo que florecía en el patio y saboreaba con los ojos las torrijas que iba emborriizando mamá, azúcar revuelta con canela, tambores a lo lejos y vacaciones de los muchachos grandes que ya iban a la escuela.

Amalia se giró entre sueños y quedó bocarriba. Seguía sonriendo. Entonces yo, loco, o quizá más cuerdo de lo que nunca he estado, me incliné y la besé. En los labios. Sabía a canela, y a azul, y a sol de primavera.

Amalia abrió los ojos y me sonrió. Nunca supe si sintió mi beso o si solo me sonrió porque le gustaba que estuviera allí cuando ella despertaba, como un ángel de la guarda que velara su sueño.

Ella se recuperó. Le habían pegado desde niña, el desamor había dejado huellas cárdenas en su alma y en su mente, pero era fuerte y la ayuda llegó a tiempo. Un día se fue; no puedo decir que fuera “un aciago día” porque mi mayor anhelo era que ella fuera feliz. Yo sonreía al decirle adiós, con una sonrisa que me tuvo que sacar arañándome las entrañas. Ella lloraba. Me abrazó y me besó en la mejilla, y me dijo “Ay, mi Adrián...” y sentí la humedad de sus lágrimas en mi piel y el olor a canela, azul y sol de primavera que exhalaba su presencia.

No volvió más. Yo, sí. Yo salía y entraba, un tiempo dentro, otro en casa...

De casa volvía siempre porque allí era, para todos, *el loco*, y eso me daba más ganas de hacer locuras. Nadie entendía mis palabras, ni leían mis cuadernos –tengo ciento treinta y nueve- ni me

escuchaban cuando hablaba de Amalia ni cuando hablaba de cualquier otra cosa. Me miraban con pena, o se reían, o suspiraban, o hacían como si yo no estuviera.

Un día salvé a la perrita de la abuela de al lado de casa porque la iba a atropellar un coche y yo me tiré a la carretera para apartarla. Me podía haber atropellado a mí, pero nadie lo agradeció, todos me increparon y me gritaron cosas, y lo más bonito que me dijeron fue “loco del carajo”; de ahí para arriba, de todo. Mamá dijo que aquello era la gota que colmaba el vaso y que me fuera preparando, que el lunes me iba para el psiquiátrico (ya no le dicen manicomio, le dicen psiquiátrico, que suena más elegante pero es lo mismo). La única que no me gritó fue la abuela, la dueña de *Chispa*, que me llamó a la tarde siguiente y me dio un vaso de chocolate calentito y un plato de roscos, y me habló mucho de lo buena persona que era yo y de que “ni están todos los que son, ni son todos los que están”, que más o menos venía a significar que a ella le parecía que estaban más locos los que me habían reñido tanto por salvar a su perrita, que yo, que no me lo había pensado y me había echado a la carretera porque sabía muy bien que la *Chispa* era como una hijita para ella, y que perderla habría sido su muerte. Yo pensaba lo mismo, aunque si lo hubiera intentado decir, nadie me habría hecho caso porque no me lo hacen nunca.

Han pasado por lo menos ocho o diez años –no estoy seguro- y yo no recuerdo cuántas veces he salido y cuántas he vuelto a entrar allí. Es como vivir en dos planetas a la vez, pero yo me adapto enseguida. Los locos varían, a veces entran algunos nuevos con los que me llevo muy bien o muy mal, o me dan igual si yo les doy igual a ellos. Hubo locas bonitas que fueron amigas mías, pero ninguna como Amalia. Amalia era única, especial, mi chica, y eso no tiene vuelta de hoja.

Por eso nunca consigo estar seguro de si ocurrió o no. ¡Lo he anhelado tanto...! Pero, por otra parte, algo en mí sí que está seguro, y además, no iba solo: venían conmigo mis dos hermanas, y ellas sí me vieron –dicen- hablar con Amalia.

Fue en mitad de la Calle Real, un día después de Navidad. Habíamos ido a ver el alumbrado, que era tan bonito y me gustaba muchísimo todos los años, y mis hermanas se pararon a mirar un escaparate. Yo me aburría, así que fui a cruzar la calle, y entonces... ¡la vi! ¡Era *ella*! Venía hacia mí; llevaba a un niño de la mano.

Yo me quedé mirándola, embobado, bebiéndome cada uno de sus rasgos amados y soñados tantas veces. Ella me miró con curiosidad, y entonces le cambió la cara. Soltó al niño, se llevó las manos al pecho, luego a la boca, y entonces gritó:

-¡Dios mío, si eres tú, Adrián!

¿Fue un minuto que duró una hora, o una hora que duró un minuto? Yo no lo sé; recuerdo que nos mirábamos a los ojos, diciendo mucho sin hablar, y que una sonrisa trémula se fue dibujando en sus labios. Amalia me miraba, luego miró a mis hermanas, luego otra vez a mí, y me preguntó:

-¿Saliste?

No quise engañarla; odio las mentiras. Así que le respondí:

-Sí, pero volveré. Siempre vuelvo.

Ella tendió una mano blanca, de dedos largos y finos, con las uñas pintadas de un azul que me recordaba al mar y a ella, y me acarició la cara, aquella caricia tan suya que yo nunca podré olvidar.

Murmuró:

-¡Ay, mi Adrián...!

Y el niño, que me miraba con la boquita abierta, preguntó:

-Mami, ¿este hombre se llama como yo?

Fue entonces cuando pasó. O cuando no pasó. Amalia se empinó un poquito sobre la punta de los pies y me besó en los labios. *Ella a mí*. Siempre pienso que igual lo imaginé, pero a la vez recuerdo - ¡tan claramente!- el perfume a canela de sus cabellos, y el azul de sus labios, y su sabor a sol de primavera...

Pero, claro, no consigo estar seguro del todo. Mis hermanas me vieron hablar con ella, pero siguieron mirando escaparates y no vieron aquel beso que Amalia me dio. Y yo recuerdo la canela, el azul, el sol, pero ¿y si no ocurrió de verdad? ¿Y si lo deseé tanto que lo soñé?

Claro que si hubiera sido un sueño... ¡ojalá! Porque si hubiera sido un sueño, solo un sueño, podría volver a soñarlo cada día, y no querría ya nunca despertar...